

# EL IRIS.

CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

REDACTORES.

J. A. SEGRESTAA. — SIMON CALCAÑO.

## MELODIAS.

### I.

Ella está triste: sus ojos húmedos parecen haber sido bañados por un rocío de lágrimas, sus labios están mudos y solo se entrecierran para dejar escapar sus suspiros. Apoyada en uno de sus brazos y dejando caer en una especie de abandono la madeja de sus cabellos, fija sus miradas en el cielo, y con una religiosa resignación, vé correr los instantes de su tristeza; parece el génio del dolor á orillas del sepulcro.

### II.

Al verla, yo he sentido que lágrimas involuntarias han surcado por mis mejillas. Por qué llora la virgen de mis sueños? me he dicho, ¿por qué suspira ese corazón de ángel, inofensivo como sus sentimientos? No hace mucho yo ví sus ojos brillantes, llenos de vida y contento; no hace mucho una sonrisa de amor cruzaba por sus labios y daba á su faz una fresca encantadora.

¿Y por qué al júbilo ha seguido el dolor? ¿por qué ha vezido á empañar el brillo de sus ojos un rocío de lágrimas, y á la sonrisa de sus labios ha seguido la sonrisa muda del sufrimiento?

### III.

Instante feliz! no apresures tu vuelo; es ahora que yo mas la amo, porque ella sufre; es ahora que yo pienso en ella, porque se asemeja á un espíritu del cielo.

Mítgale su dolor hora fugaz; pero déjale esa tristeza que la hermosea, déjale esas lágrimas que bañan su rostro, porque mi corazón la adora hoy mas que nunca.

Cuando ella está triste yo sé que el único confidente

de su dolor es el cielo. Déjalo su tristeza, déjalo sus lágrimas; yo quiero escuchar sus coloquios de amor con el Dios de su inocencia.

IV.

La noche está serena ó iluminada por la claridad de las estrellas; el suspiro de las ondas al morir hiero mis oídos ó inunda mi alma de religion y encanto. Nada agita la tranquilidad de la noche, nada turba la religion que se apodera de mi espíritu.

Ah! en medio de los dulces suspiros de la naturaleza, en medio de esa calma que va á perderse mas allá de los mares, en medio del génio religioso de las ondas, ¿ dónde estás tú, alma de mi alma?

Mi pensamiento vuelve á detenerse sobre tí; tú serás el ángel de paz que viene á arrullar mis párpados.

V.

¿ Por qué en estos momentos en que mi corazón iba á pensar en la inmensidad del porvenir vienes á turbarlo? ¿ Por qué cuando yo hablaba con mi Dios, vienes tú á encender de nuevo la llama que ardía en mi corazón?

Ah! ven á todas horas, ven á cada instante, ángel mío; cuando yo hablo con mi Dios hablo también contigo. Tú fuiste creada por su mano, y tu corazón es tan puro como el corazón de sus ángeles; él es tan bello como esa estrella que se levanta sobre las ondas y cuyo brillo va á perderse en la inmensidad del Océano.

VI.

.....  
 .... Su voz es tan dulce como la del ángel que anunció á María, y el brillo de sus miradas tan puro como la llama del Santuario. Alegre se asemeja al cielo de la mañana; es el crepúsculo que despierta las flores; triste es como la caída de la tarde; es el génio del desierto que suspira!

Ah! ¿ quién ha penetrado hasta ahora los secretos de su joven alma? ¿ quién ha hecho nacer en su rostro la luz del cielo? ¿ quién ha hecho lanzar suspiros á su inocente corazón?

Nadie; esa voz de serafín solo ha consolado al desvalido, esas miradas solo se han dirigido hácia Dios, y ese corazón solo ha lanzado los suspiros de la inocencia.

LA RIBEREÑA Y EL PESCADOR.

—Niña hermosa, niña hermosa.  
La del perfil oriental,  
La de mejillas de rosa,  
La de labios de coral,

La de lúgida mirada,  
La de encanto celestial,  
La que á amor presta morada  
En su seno virginal ;

¡ Por qué esquivas de mi lira  
La dulcísima canción,  
Y tan triste ora suspira  
Tu inocente corazón ?

Ribereña, tú otros días  
Olvidabas tu inquietud,  
Y tu pena entretenías  
Al sonar de mi laúd.

Tú otros días en la orilla  
Donde bato rudo el mar,  
Esperabas mi barquilla  
Y escuchabas mi cantar.

Si tu bella faz domeña  
El furor del aquilon,  
Ven, no tomas, ribereña,  
Ven y escucha mi canción.

—Pescador, torna á otra orilla  
No te acerques pescador,  
Que ora, presa tortolilla,  
Gimo, oculta, mi dolor.

Otros hombres pretendieron  
El cariño que te di,  
Y en prisiones me pusieron,  
Y apartáronme de tí.

Mas no creas, no, que pueda  
Olvidar, en mi dolor,  
Que el amor es la moneda  
Con que se paga el amor.

Si mi amor es tu ventura  
Como mi dicha es tu fé,  
Pescador, en mi alma pura  
Yo tu afecto guardaré.

Y pues forman mi tesoro  
Tus caricias y tu amor,  
Yo prefiero á pompas y oro  
Tu barquilla, pescador.

—Ribereña, tus dolores  
Son mi pena, son mi mal;  
Guarda, guarda mis amores  
En tu pecho virjinal.

Dile, niña, al despiadado  
Que usurpó tu libertad,  
Que tu pecho enamorado  
Dá alegría á tu soledad ;

Que tan bello no podía  
Ser el cielo de tu amor,  
Y una nube empañaría  
Su purísimo esplendor ;

Que aunque, pobre tortolilla,  
Hoi te tengan en prision,  
Sabes bien que no se humilla.  
Cuando quiero, el corazon ;

Que no pienso que la roja  
Trajes de que hoi te hace sufrir,  
Pueda aprisionar tu queja  
Que otro pecho viene á herir.

Dile, niña, que ya el cielo  
Ha dispuesto, en su bondad,  
Dar en pago á tu hondo duelo  
El amor y la amistad.

—Cuánta fuerza á mi alma inspira  
Tu palabra, pescador !  
Pescador, toma la lira  
Ven y cántame tu amor.

Mas no, calla ! Si tu acento  
Nos descubre á mi señor,  
Doblaráse á tu conuento  
Su impiedad y mi dolor.

Subió todo trémulo la escalerita que conducia al piso superior, y pegó el oído contra la puerta de su hija: un silencio completo. Se le calmó el semblante. "De veras, dijo, todavía estoy soñando. . . . es ese sueño abominable que me persigue." Bajó dos escalones y de pronto se detuvo. Esta vez ya no le quedó duda, era Margarita que sufría! Yodocus entró paso entre paso en el cuarto, con la mano por delante de la luz para no espantar á su hija: ya junto de su cama la vió que estaba dormida y se puso á contemplarla con tanto amor como inquietud.

Hubiérase dicho un ángel dormido que se sonreía soñando con el cielo. Los bucles de sus lindos cabellos rubios le rodeaban la agraciada cara. Las facciones de una regularidad perfecta, que no eran de la infancia, sin ser todavía las de la mujer formada, anunciaban una inteligencia precoz, y quizás, ai! un germen de enfermedad. Por instantes parecia que Margarita iba á despertarse! se agitaba, tenía comprimida la respiracion, las mejillas se le ponian purpúreas: el buen Yodocus inclinado hácia esta frente ardorosa, midiendo su respiracion por la suya propia, se sentia desfallecer. Despues renacia la calma en esta dulce cara, y Yodocus sentado cerca de Margarita, con las manos cruzadas, mirando á su hija, parecia que le pedia la vida.

¿ Habrá quizás un bálsamo divino en el amor de un padre? no lo sé; pero el sueño de Margarita se tranquilizó completamente, y al cabo de una hora bajó á su cuarto el pobre librero, algo ménos conmovido, pero no del todo tranquilo. Esa dicha que le habia parecido tan sólida, esa fortuna que colocaba en lo porvenir en cabeza de su hija, todo habia desaparecido. Lo que ahora veía era su primer amor, su esposa, tan bella como Margarita, pero pálida, pero enflaquecida, pero moribunda: lo que veía era su hija arrebatada en flor como lo habia sido su madre: era la muerte de todo lo que amaba y para él la soledad, el desamparo, y la desesperacion!

Demasiado agitado para que pudiera acostarse, tomó Yodocus cerca de su cama un gran libro negro cerrado con manillas de metal: era la Biblia que le habian dado al casarse. Abrió la primera hoja y leyó:

Yodocus y Helena: casados el 15 de Abril de 1839.

Margarita: nació el 20 de Noviembre de 1841.

Helena: murió el 20 de Diciembre de 1841.

Yodocus se puso á llorar: despues abriendo el san-

to libro al azar dió con el capítulo 'IX del Evangelio de San Márcos en los versículos siguientes :

35. " Jesús tomó de la mano á un niño y lo colocó en medio de sus discípulos; despues cogiéndolo en sus brazos les dijo : "

36. " El que recibe á uno de estos pequeñuelos en mi nombre, á mí me recibe, y quien á mí me recibe, no es á mí á quien recibe, sino á Aquel por quien yo he sido enviado."

Yodocus cerró el libro suspirando : fué hácia la ventana que daba á la cuadra : la nieve brillaba con el resplandor de la luna, el viento dispersaba los copos. " Dios mio, dijo, cuán desgraciados son los pobres con un tiempo como este, y qué mal hacemos en olvidarlos! "

Se acostó triste, descontento de sí mismo y lleno de inquietud ; pero el cansancio lo durmió bien pronto.

Su sueño fué agitado : la imágen de Margarita se le presentaba sin cesar ante los ojos bajo diversas formas. Volvió á ver aquel cuarto desolado por la miseria ; pero esta vez la niña mendiga que estaba acostada en el jergon era su hija, con vestido de fiesta, su hija ardiendo en fiebre, ya para morir.

Cerca de Margarita estaba una mujer, una sombra vestida de blanco : era Helena, era la madre que venia á recibir el alma de su hija.

" Tú lo has querido así, le decia ella á Yodocus con una mirada compasiva. Hai allá arriba una lei de eterna justicia que liga la vida del rico con la vida del pobre. Cada uno de esos desgraciados que desdeñais, se lleva consigo al morir el alma de uno de los dichosos del siglo. La pequeña mendiga á quien hubiera salvado una guinea, ha muerto esta noche ; ahora le toca á nuestra hija."

Mientras hablaba Helena, Margarita pálida, y diáfana le tendia los brazos como para volar con ella.

" Hija mia, exclamó Yodocus llorando, hija de mi corazon, no, no me la arrebatéis, yo la quiero....

—Qué teneis mi querido y buen papá ? le dijo una dulce voz que lo libertó de su horrible sueño. ¿ Estais enfermo, que os hallais todavia en la cama á estas horas ?

—¿ Eres tú Margarita ? exclamó el pobre padre tomando á su hija de las manos y estrechándola contra su corazon. Eres tú, hija mia ! ¿ no tienes nada ? ¿ no tienes nada ? Y tú guinea ? ¿ dónde está tu guinea ?

—Padre mio, le respondió Margarita medio asustada, la gasté para mí, como me lo permitisteis.

—¿Tan pronto? ¿Qué hicistes con ella?

—Mas despues lo sabreis. Es una sorpresa que os preparo. Venid pronto que el almuerzo nos espera.

Yodocus se levantó mas turbado que nunca. Se afeitó sin destreza dándose dos ó tres rasguños, y bajó. En vez de comer miraba á su hija con lágrimas en los ojos. Tiene el tallo y toda la gracia de su madre, se decia, es la misma voz de Helena. Y cuando Margarita le trajo como de costumbre en una bandejita el café que ella misma habia hecho, y que Yodocus no tomaba sino de su mano, por primera vez rehusó la tasa que le presentaba y con un gran suspiro la dijo:

—Margarita, dime ¿qué hiciste con tu guinea?

Entónces apareció detrás de Margarita una mujer vestida de negro, como la que Yodocus habia visto en sueños, y trémula le tomó la mano al librero admirado.

“Mi buen señor, le dijo, permitidme que os dé las gracias por el bien tan grande que me ha hecho esta generosa señorita, que vino ayer á casa en vuestro nombre y me trajo el socorro que os habia pedido. Gracias á ella, mi hija tiene fuego y pan: gracias á vos, señor, tengo una semana de alquiler adelantado, y puedo esperar. Qué Dios os conserve á la que ha salvado á mi hija!

—¿Ocho dias adelantados? esclamó Yodocus; decid un mes, decid años, decid siempre! Aquí tengo tres guineas para vos: yo pagaré los alquileres, yo cuidaré, cuidaremos de vuestra hija yo y mi buena Margarita. Pero sobre todo, no os desesperéis: ocupaos en vuestra hija, y no tengais la loca y criminal idea de arrojaros por la ventana. Aquí estamos nosotros.”

La pobre mujer miró á Yodocus sorprendida. Jamás se le habia ocurrido el terminar sus dias; pero por otra parte ¿cómo dudar de la razon de un hombre que os promete tres guineas? Besó las manos á Yodocus y á Margarita y se fué llena de esperanzas y de alegría, porque le habian propuesto ir á verla en el dia.

Yodocus cumplió su palabra: llegó con una carretilla. Puso dos colchones en la cama y dos coberturas: puso él mismo un enrejado en la chimenea, carbon en el hogar y atizó el fuego hasta que lo vió bien encendido y chispeante. Margarita por su parte abrió un gran paquete, que ella misma habia subido, y que contenia sábanas, camisas, pañuelos. Quiso ella misma lavar, peñar y vestir á la niña: abrazándola le puso un par de gruesas medias de lana, dos ó tres camisetas y no sé cuantas

enagnas. La enfermita conmovida con estos cuidados no queria dejar á su bienhechora. Para colmo de felicidad el médico de Yodocus examinó á la niña y no la halló otra enfermedad que la miseria y el hambre, enfermedades incurables para el pobre, pero que el rico tiene en su mano el curarlas siempre.

La madre lloraba de gozo mirando las dos niñas; Yodocus hacia lo mismo que la madre. Tres horas pasaron en esto, tres horas en que por primera vez Bracton, Britton y Blackstone se quedaron solos. Yodocus lo olvidaba todo: fué preciso el buen juicio de Margarita para retirarlo de esta pieza en que habia encontrado dos desgraciados y en que dejaba dos felices.

Vuelto á su casa, tomó á su hija y la sentó en sus rodillas: hija mía, la dijo, desde ahora tú serás mi limosnera. Ocupado como lo estoy siempre, no pienso bastante en los pobres: tú eres la que entiendes de eso tan bien, tú serás la que te harás cargo. Yo seré tu tesorero, y no temas arruinarme. Ahora comprendo toda la verdad que encierra un antiguo proverbio que por mucho tiempo ha sido para mí un enigma:

Who shuts his hand, has lost his gold,  
Who opens it, has it twice told.

Ferme la main, tu perds ton or  
Ouvre-la, c'est double trésor.

Si la mano cierras, perderás tu oro;  
Si la abres, te encuentras un doble tesoro.

Si por esto debe menoscabarse tu dote, si no te casas con un reverendo, (\*) Dios nos recompensará por otro camino.

Todo el dia, toda la noche estuvo mirando á Margarita con un amor infinito: seguía todos sus pasos, admiraba sus menores movimientos; pero cuando ella se hubo acostado y se quedó solo, sacó de su escritorio un retrato medio apagado; era el de Helena, y le habló como si esta pintura pudiera oírlo.

"Nadie, la dijo, piensa en tí, ni aun tu hija que no tuvo la dicha de conocerte, pero yo te amo siempre, y en esta hija á tí es á quien vuelvo á encontrar, á tí es á

(\*) Protestante.



quien adoro. El sueño que he tenido esta noche ¿será acaso algun aviso? lo ignoro: hágase la voluntad del Señor. Pero si este ángel debiese pronto volver al cielo, oh mi Helena! ruégale á Dios, como yo se lo suplico, que me lleve á mí primero!!!”

Yodocus se acostó con la cabeza algo pesada, no estaba acostumbrado á tantas agitaciones; sin embargo durmió un solo sueño toda la noche, y no soñó. Al día siguiente al ver la alegría y la vivacidad de Margarita no pensó mas en las inquietudes que le habian atormentado y aun se atrevió en volver á sus esperanzas anteriores. Habia olvidado sus dos pasiones, sus libros y su dinero. Apesar de todo, ese día habia sido el mas dichoso y el mas puro de toda su vida. Habia hecho algun bien y ya estaba demasadamente recompensado. Para un padre ¿hai nada que pueda compararse con ese espectáculo de la bondad naciente? Y hai un goce mas puro y mas dulce que el ver abrirse á la piedad esas almas formadas para amarnos?

FIN.

## LA VIRGEN DE LA SOLEDAD.

TRADICION RELIGIOSA.

I.

Corrian los años de 178..... dichosísimos para los habitantes de estas comarcas. Aceptado el régimen español en toda la provincia, nadie se curaba de la forma de Gobierno, pues aun no habia venido al mundo el torrente revolucionario que naciendo en Francia, cambió la faz de las sociedades humanas. La paz de las familias, el aumento de las propiedades, y cuidados de otra especie ocupaban á nuestros mayores, impregnados todavia del espíritu caballeresco y religioso que nos dejaron los castellanos del siglo XVI. Dios y mi Rey era la divisa de los hispano-americanos, quienes no habian soñado todavia con las ideas que tan felices nos hacen á nosotros sus privilegiados descendientes.

Por esa época vivia no lejos del ameno campo de Choroni, inmortalizado por los sonoros versos del mejor de nuestros actuales poetas, en las risueñas y siempre fe-

cundas tierras de Chuao, una familia patriarcal, de esas cuyo tipo envidiable va desapareciendo á medida de nuestro progreso. Era una de esas familias de que se ven aún entre nosotros pálidos reflejos, que son como un anacronismo en los presentes tiempos de dicha y bienandanza. Llamábase el jefe de ella Don Juan del Corro, y su esposa Doña Felipa de Ponte y Villena. Dios había bendecido su enlace, y hermosos, robustos y bien educados hijos encantaban el recinto doméstico; unido esto á algunos criados que veneraban al buen hidalgo Don Juan del Corro, como se venera siempre la virtud sin mancha y la ancianidad.

Al amanecer de un hermoso día de verano, Don Juan entró á su sala despues de haber presenciado la distribución de los trabajos del campo, y animando con su ejemplo y buenas palabras la laboriosidad de sus labriegos á quienes hacia olvidar con cuidados paternos su suerte miserable. Traía casaca de raso blanco con vueltas, y acuchillados de paño azul bordado, pantalones de seda estrechos y unidos á la rodilla con hebillas de piedras preciosas, y su peluca empolvada remataba en un largo lazo de cintas plegadas.

Acercóse Don Juan á su esposa con el aire galante y caballerezco que usaban nuestro mayores aun en el hogar doméstico, y tomándola una mano se sentó en un mullido sillón coronado por sus armas.

—Felipa, la dijo Don Juan con grave acento, haciendo sonar contra los botones de su casaca la cruz roja de Santiago; Felipa, cuando Dios en su infinita bondad bendijo nuestra casa mandándonos el último de nuestros hijos, tuve momentos dolorosos, temiendo que fuera llegada tu última hora.

—Sí, contestó Doña Felipa de Ponte y Villena, tomando un polvo de su caja de oro y pasándola á Don Juan; si Juan, momento fué aquel en que creí perder la vida al darla á nuestro pobre Francisco. Y no fueran de tanto cuidado los dolores que sufrí, pues al cabo, á Dios gracias, no han tenido malos resultados; pero si me acongoja el estado infeliz de nuestro hijo que ha tenido un año, no de vida, sino de sufrimientos superiores á su edad.

—Así es, Felipa; en vano nuestro amigo, el maestro Don Santiago Ordoñez, ha apurado los recursos de su ciencia para salvar los días de ese niño que Dios nos deparó para consuelo de nuestra vejez; el infeliz se muere de una enfermedad de languidez, y diariamente le veo

consumirse como una lámpara que se apaga por falta de aceite.

—Pobre niño! murmuró Doña Felipa, asomando dos lágrimas á sus ojos todavia hermosos.

—Al ver primero tus sufrimientos y despues los de nuestro hijo, yo me encerré en mi oratorio para rogar humildemente á Dios por nosotros. En aquel momento de abstraccion religiosa yo ofrecí al cielo que si salvaba tus dias haria colocar la imágen de Nuestra Señora de la Soledad en el templo de San Francisco de Carácas. Que allí arderian en su honor constantemente cuarenta cirios en los dias santos; que sus vestidos solo serian tocados por los hermanos de la órden, y eso con una hacha encendida en la mano izquierda. El cielo oyó mi oracion, continuó Don Juan haciendo una profunda reverencia, y tu estás salva, aunque se muere nuestro hijo.

Si tal promesa hiciste, Juan, es preciso cumplirla á cualquier costa, y tal vez la Santa Señora nos conserve por nuestra fé la vida de Francisco.

En este momento entró á la sala un jóven robusto que tendria hasta catorce años de edad, con una fisonomia llena del candor y la inocencia de los primeros años.

—Fernando, le dijo Don Juan con tono severo, porque has dejado solo á nuestro capellan, siendo esta la hora del estudio?

—El mismo capellan es quien me manda, padre, respondió Fernando con tono sumiso. Todos los criados están en el campo y los que sirven la casa han ido á ayudar al desembarque. El padre me envió á decir á su merced que mi padrino el señor Don Sancho de Paredes, capitán de armada, acaba de llegar á la playa.

—Don Sancho! exclamaron á una voz Don Juan y su esposa.

—Corre, hijo, ve en persona á traernos á nuestro buen amigo y pídele antes su bendicion.

Salió el jóven de prisa á cumplir la órden de su padre, y los dos ancianos se entregaron al regocijo de la llegada de Don Sancho, que miraban como una cosa providencial, pues el capitán debia hacer viaje á España, en el navio de Indias, siendo esta la coyuntura mas propicia para su encargo.

Un momento despues entró el capitán, que podia ser un hombre como de cuarenta años, tostado por el sol tropical, y con el aire franco y desenfadado que tienen los españoles de buena raza.

Entraron en conversacion los esposos con Don Sancho, á quien tenian como de la familia, porque todavia en ese tiempo habia esa amistad fraternal y desinteresada que nosotros solo conocemos por tradicion.

—Compadre, le dijo Don Juan estrechándole cordialmente la mano, deseamos á U. un viaje dichosísimo y esperamos que si va á la corte manifieste á nuestro Soberano que en este rincón de sus dominios vive Juan del Corro, el mas adicto de sus vasallos.

—S. M. bien sabe su nombre, Don Juan; testigo mi último viaje en el cual traje á U. la cruz de Santiago con que honró á U. su real munificencia.

--Se hasta donde llegan las bondades de S. M., cuyo nombre bendecimos todos los dias.

—Pero lo que hoy esperamos de su atencion de U., Don Sancho, dijo Doña Felipa, no son condecoraciones terrestres que estimamos como es debido, sino la imájen de Nuestra Señora de la Soledad para ofrecerla á la Madre de Dios, en humilde tributo de sus bondades para con nuestra casa.

—Inútil me parece repetir á U., Doña Felipa, que siempre estoy dispuesto á cumplir las órdenes que tienen á bien darme.

—Queremos, compadre Don Sancho, continuó Don Juan del Corro arreglando los vuelos de su camisa, queremos que vaya U. á la corte y disponga que el mejor escultor de las Españas, haga la imájen de Nuestra Señora de la Soledad, sin escusar gastos de ninguna especie, pues deseamos hacer al templo de San Francisco un presente regio, aunque nos vaya en ello toda nuestra fortuna.

—Y encargará U., dijo Doña Felipa, los vestidos y ornamentos mas ricos de oro y plata para vestir dignamente la imájen de Nuestra Señora.

—Todo se hará á medida de su deseos, respondió Don Sancho de Paredes, abrazando cordialmente á los dos esposos y despidiéndose para su largo viaje, en medio de los votos y bendiciones de toda la familia.

(Continuará.)

*del*

## ¿ ES VERDAD ?

“—¿ A como vende su azúcar amigo ?

—Muy barata. A diez centavos la libra.

—Es muy caro, no me conviene el precio. Mas bien beberé el café sin azúcar, y para endulzarme besaré ántes á mi mujer. — Adios.

—Adios. Cuando se canse de esa especie de dulce vuelva por acá.

El hombre de los besos volvió al siguiente dia.”

Esto hemos leído no sabemos en qué libro ó periódico, y nos induce á hacer al lector algunas preguntillas, que no le enojarán desde luego que nos comprometemos á responder por él.

Yo.—¿ A qué sabe el beso de una mujer ?

Yo MISMO.—Distingo : si la mujer es vieja sabe á lo que le dijo Sancho á Don Quijote que olía su Dulcinea, es decir, á ajos machacados, con añadidura de cebolla cominos &ª—Si la mujer es jóven y bonita, sabe á patada de mula cerrera, que hace ver estrellitas, ó mas bien, que hace ver como un fantasma aterrador, balandranes, soll-deos &, ó mas bien, que hace ver al Sacerdote escribiendo en la pared :

“ Sierva te doi, no mujer.

Trátala como mula de alquiler,

Dale mucho palo y poco de comer.”

Si la mujer es viuda, fea, pobre y con hijos, sabe á “ présteme una libra para el diario de mañana ” “ cuando pase por casa de Woss tráigame unos zapaticos para el mayorsito, que yo se los pagaré &.”—Si la mujer es una cuarentona, y chinga sabe á.... fidelidad eterna, constancia sin límites, abnegacion sin ejemplo. ¡ Oh ! que feliz es el que se casa con una chinga, y mas si es comerciante ! Puede mandarla, sin temor y sin guardian, á Francia, Inglaterra, Alemania, á todas partes, á practicar cuántas diligencias se le ocurran. Hombres, hombres, no sabeis lo que vale una chinga.

Yo.—¿ Y si la mujer es una.... suegra ?

Yo MISMO.—Suegra !.... suegra has dicho ? Ah ! si la mujer es una.... pues una suegra, entonces sabe á.....

sublimado corrosivo, á arsénico, á asetato de morfina, á estrinina, entonces sabe á.... á suegra! sabe á suegra! sabe á suegra!

Al! al llegar aquí me acuerdo de aquel epigrama, tan conocido.

" Yace aquí un mal matrimonio,  
Dos cuñados, suegra y yerno;  
No falta sino el Demonio,  
Para estar junto el infierno."

O de aquel otro mui vulgar y tambien para las suegras, pues que todas son viejas.

" Quien nisperos come  
Y bebe cerveza,  
Quien chupa cachimbo  
Y una vieja besa,  
Ni chupa, ni bebe,  
Ni come, ni besa."

Yo.—Si el beso es de un viejo ¡ á qué sabe?

Yo MISMO.—A baba, á baba pura.

Yo.—Y si es de un niño?

Yo MISMO.—Lo mismo; los extremos se tocan, y los viejos tienen todas las malas costumbres de los niños, inclusive.... todas....

Yo.—¡ Cuál beso te gusta entóuces, buen amigo?

Yo MISMO.—El beso de una madre! Es el único en que desciende sobre nosotros el cielo todo entero.

•••

---

EPIGRAMA.

Es mi amigo Don Eugenio  
Como un cuadrante solar,  
Pues tan solo sirve el tal  
Cuando brilla el tiempo bueno.

O.